

RESEÑA DE VASALLO, BRIGITTE, LENGUAJE INCLUSIVO Y EXCLUSIÓN DE CLASE. BARCELONA: LAROUSSE, 2021

CARLA MÍGUEZ BÓVEDA
Universidade de Vigo

El lenguaje inclusivo es un tema que se podría considerar de moda. Desde el punto de vista activista no es una moda, sino una necesidad, del mismo modo que no es un asunto novedoso, sino silenciado hasta que el capitalismo ha encontrado en él un bien con el que especular. En este ensayo, Brigitte Vasallo nos recuerda que el acceso a ciertos recursos es un privilegio y que son los aparatos de poder quienes deciden, al fin y al cabo, qué es correcto y qué no lo es, qué existe y qué no (para ellos, que no para nosotres).

La estructura de este libro es organizada y clara. Antes de zambullirnos en el texto, la escritora e investigadora Remedios Zafra nos ofrece una breve, pero sustanciosa presentación. El cuerpo en sí de la obra consta de dos partes claramente diferenciadas por la propia Vasallo, llamadas «El capital cultural no es cultura, es capital» y «Lenguaje, género y (semio)capitalismo», que están separadas con un curioso interludio en el que nos muestra la transcripción de unos mensajes de audio que intercambia con Carmen Fernández, presidenta de la Asociación Gitanas Feministas por la Diversidad, en el proceso de redacción de la obra.

En cuanto a las partes mencionadas en el párrafo anterior, estas se estructuran a su vez en subapartados o subpartes a modo de capítulos (que cuentan a su vez con más divisiones internas rotuladas), sus respectivos títulos nos adelantan el contenido que encontraremos en las páginas que las componen. En el caso de la primera, «El capital cultural no es cultura, es capital» nos topamos con dos conceptos clave: capital y cultura. En la segunda, «Lenguaje, género y (semio)capitalismo» se pone el foco en el lenguaje, al que se viene haciendo referencia desde el inicio del texto, para iniciar una discusión sobre, como el propio título indica, género y capital.

Finalmente, el libro se dispone con unas páginas a modo de cierre antes de pasar a un epílogo que nos relata un ejemplo real de exclusión dentro de un (intento de) simulacro de inclusión.

Llama la atención que, a lo largo de la obra, en el dorso de algunas de las páginas que indican que nos adentramos en una nueva parte o subparte, Vasallo nos deja mensajes en forma de reflexiones, citas e incluso transcripciones de tuits. Impacta todavía más que nos deje códigos QR en pies de página y márgenes, así como en el cuerpo del texto e incluso en lo que denomina enlaces patrocinados. De este modo la autora nos saca del libro para trasladarnos a aquello de lo que nos habla o que le gustaría que le lectore consultase de forma rápida.

La primera parte se inicia con un capítulo cuyo título no deja indiferente: «Belén Esteban *feat.* Dostoyevski». Sí, así. Claro y conciso. Pero ¿qué mejor ejemplo que la denominada *princesa del pueblo* para ilustrar el punto tratado? Vasallo nos habla del impacto de la clase en la percepción que tenemos de diferentes personalidades y de cómo, como sociedad, utilizamos esas percepciones para perpetuar estereotipos que ya deberían haber caducado. Belén Esteban no es menos por venir del barrio y haber querido quedarse en él y en sus formas pese al aumento de su capital y su ascenso de clase. No es menos que otra persona que haya nacido con ese capital, en esa clase y con la ayuda de un apellido.

Vasallo dedica el segundo capítulo de esta primera parte, llamado «Las subalternas no pueden hablar», a la condición de subalterne y a la performatividad. A lo subalterno porque, como ilustra con su ejemplo del suicidio de la joven Bhubaneswari Bhaduri¹, las acciones (como las voces) no siempre son interpretadas con la intención con la que son ejecutadas si no provienen de una persona en posición de poder. A la performatividad porque es cierto que, por «supervivencia», en determinados entornos tenemos que esconder el barrio (o, en mi

¹ Vasallo nos relata la historia del suicidio por motivos políticos de esta joven, que además de dejar una nota en la que lo explica, espera a tener la regla para dejar claro que no se trata de un suicidio por embarazo ilegítimo. Lamentablemente, aun existiendo una nota y el mero hecho de que estaba menstruando en el momento en que se quita la vida, su suicidio se leyó como relacionado con un embarazo ilegítimo. Cabe mencionar, asimismo, que Vasallo escribe “Baduri”, sin *h*, pero al documentarme sobre el caso en todos los títulos consultados se localizó el nombre con *h*, como aparece en el cuerpo de este texto.

caso, la aldea) porque este contexto no tiene los mismos privilegios «de hije de» que alguien sin apellido, como la Esteban, que no ha mamado lo que es navegar en barco de vela desde que era una criatura. Algunas llegamos, con suerte, a la barca hinchable.

El capital cultural es, como su propia denominación indica, capital. Es el necesitar de ciertos títulos para acceder a un mejor trabajo o para poder seguir estudiando. Y para obtener esos títulos dependemos del capital económico, lo que convierte el conocimiento en un privilegio de clase. Para acceder a él, Brigitte explica que lo más habitual es performar, hacernos pasar por personas de esta casta. Por su parte, la cultura estará determinada por aquello que las élites *sacralizan*, es decir, lo que hacen suyo, de lo que se apoderan, lo que monopolizan. Hasta que lo arrebatan para convertirlo en capital económico. Esta apropiación puede ser también de clase. El “dar por hecho” en sí resulta un privilegio. Vasallo pasa, acto seguido, a hablar sobre la hegemonización y sobre cómo, al posicionarnos en la disidencia contrahegemónica, perpetuamos (sin quererlo en la mayor parte de ocasiones) ese binarismo de lo civilizado *vs.* lo atrasado. En el camino por encajar en estos roles que la activista describe a lo largo del tercer subapartado, a modo de supervivencia, caemos en la destrucción de la conciencia de clase. En palabras de la autora, «[e]l capital cultural no se adquiere, te secuestra. Y acaba con todo» (p. 78).

Es en este punto de la obra cuando Vasallo inserta el interludio, una suerte de discurso de la activista gitana Carmen Fernández sobre el Congreso de Feminismo Romaní que sirve a la vez como introducción al tema principal de la segunda parte: el lenguaje. Es aquí donde cobra especial importancia una de las notas que Vasallo nos deja en los reversos de las divisiones de su libro: «[e]ste debería ser un libro sobre lenguaje inclusivo. Y lo es. Como también es un libro que se pregunta quién incluye a quién y dónde».

Qué, quién y dónde. El capitalismo, como todo, ha evolucionado. Ahora los bienes no son solo materiales, sino que también existe la riqueza (y producción) digital, simbólica: el denominado «semicapitalismo». Vasallo habla también del lenguaje y cita una frase que Andrea Beltramo enuncia en una conversación privada: «[e]l lenguaje es mucho más jodido que inclusivo». Las academias se han

apropiado del derecho a decidir qué es correcto y qué no, cuando la lengua es tan nuestra, como usuaries, como suya. Las normas que estas establecen convierten algunos de nuestros usos en, como dice la ensayista, *ilegales* (que no incorrectos). Algo tan rico como el jugar con algo tan aleatorio como el género gramatical de las palabras pasa a estar prácticamente condenado. Hacen que el lenguaje sea un producto que debemos consumir y emplear de un modo determinado. Lo «genérico» en el lenguaje, como en todo lo demás en el sistema binario, es lo masculino. Sistema binario, que no realidad. Intervenir el lenguaje mediante el uso de otras fórmulas *ilegales* es hacerlo nuestro, recuperar su potestad, pero no debemos confundir esta colectivización por una sustitución (términos de la autora). No hay una solución para el lenguaje inclusivo que sea única, perfecta y universal, dado que «el sistema no es una forma, sino un método. El sistema [...] no es el masculino, el sistema es la universalización» (p. 102).

Las palabras son usadas, en ocasiones, como armas para perpetuar la violencia. No son las palabras en sí las que portan esta violencia, sino el código en que se enuncian. La suya es, por tanto, violencia simbólica. Es por eso que una misma palabra puede tener connotaciones diferentes según quién, cómo, cuándo y dónde se pronuncie. No debemos caer en elevar esas connotaciones a la unicidad, puesto que estaríamos cayendo en el método semiocapitalista. Si el significado lo contiene el contexto y no la palabra en sí, las palabras son resignificables. En palabras de la autora, «[l]a violencia es lo real. Lo simbólico, aun participando de esa violencia, es resignificable» (p. 111). Como dijimos en líneas anteriores, el sistema es un método y modifica solo lo simbólico. ¿Nos obliga este sistema a producir nuevos significados del mismo modo que nos obliga a producir otros tipos de capital?

En el segundo capítulo de la segunda parte, cuando nos acercamos al final, la activista nos recuerda el impacto del «hacerse ver» en la sociedad actual. ¿Somos algo si no se nos percibe de ese modo? ¿Si quien domina no nos/lo nombra de ese modo? ¿Somos, entonces, simples connotaciones? Si existe lo uno (normativo, *neutro*) nos convertimos en lo otro (disidente, connotado, ¿subalterno?). Vasallo remite de nuevo al semiocapitalismo, al impacto de la jerarquía sobre individuos o sociedades que habitan los márgenes de donde se les intenta

sacar o, en su defecto, donde se trata de aislarles. Cuando nombramos algo como no-concepto, estamos perpetuando ese concepto. Al hablar del género no binario estamos aceptando que ese binarismo existe para poder situarnos fuera de él. Seguimos siendo una categoría. Dice Vasallo que «lo que se nombra [...] deja de existir» (p. 141).

Llama la atención la rotulación del cierre. «Renunciar a la verdad». ¿Debemos anular cierta parte de nosotres de cara al público para evitar que se capitalice? ¿Para que no caiga en ser la contraposición de algún «uno» existente en esa sociedad binarista que vive de dualidades? ¿Es nuestro lenguaje incorrecto por el simple hecho de no ser el que quien hace las normas considera correcto?

Ya en el epílogo, Vasallo nos habla del caso del gallego como lengua subalterna y como lenguaje subalterno en el caso de una representación cinematográfica. Nos recuerda, una vez más, que los subalternes no tenemos ni voz ni subtexto, como en el caso del suicidio de Bhaduri. Que la voz y el subtexto y las normas son cosas de los neutros (masculino intencional).

En definitiva, con esta obra le lectora podrá iniciar o continuar su camino de deconstrucción. Página tras página Vasallo nos mostrará que cuando el adjetivo «inclusivo» aparezca al lado del sustantivo «lenguaje» no debería limitarse a la cuestión de género. Nos recuerda que el lenguaje es nuestro, aun cuando tratan de convencernos de que pertenece a una u otra institución y deja en evidencia el impacto del sistema capitalista y binario en el uso que hacemos de él.

